

SAN RAIMUNDO, ABAD, Y FUNDADOR DE LA ORDEN DE CALATRAVA

Día 15 de marzo

P. Juan Croisset, S.J.

Fl venerable abad Raimundo, honor de España, gloria de la reforma del Cister, y esclarecido fundador de la Orden Militar de Calatrava, nació en la ciudad de Tarazona, sita en el reino de Aragón, según la opinión más común y más autorizada; aunque algunos le hacen originario de San Gaudencio, en el condado de Comba, en Francia, y otros de Tarragona, en Cataluña; todos con el santo deseo de honrar su patria, haciendo suyo un héroe tan recomendable y visible en la historia de la Iglesia. Dios, que en los profundos secretos de su providencia le había elegido para cosas grandes, le adornó á proporción con las singulares disposiciones de naturaleza y gracia que más conducían á ejecutar tan altos designios. Criáronle sus nobles padres en la piedad y religión cristiana; pero su natural inclinación á todo lo bueno les dejó poco que hacer para ver cumplir sus santos deseos. Desde niño fue ejemplar en las costumbres, parco en el hablar, grave en las palabras, moderado en las acciones y extremado en la afición á los ejercicios y actos de piedad.

Concluida que fue su carrera eclesiástica, se le agració con un canonicato en la santa iglesia de Tarazona, en cuyo destino se hizo admirar de todos por sus virtudes ejemplarísimas, por su puntual asistencia á los divinos Oficios, por su extremado amor al retiro. Pero, como Dios le llamaba á un estado de perfección más sublime, siguiendo nuestro Santo este superior impulso, se ausentó, como otro Abraham, de su patria, padres y

parientes, y se dirigió al desierto con el único fin de atender exclusivamente al negocio importante de su salvación. Oyó hablar con grande elogio de la reforma del Cister, que había fundado el venerable abad de Molesme, la cual brillaba como estrella resplandeciente en el firmamento de la Iglesia, iluminando al mundo con los vivísimos rayos de su santidad; inmediatamente se resolvió á abrazar este partido, como más conforme á sus ideas, y se acogió á él, como á ciudad de refugio, en el célebre monasterio de *Scala Dei*, en la Gascuña. Aquí profesó el nuevo instituto con tanto fervor, que la severidad de las mortificaciones, el desinterés del mundo, el espíritu de recogimiento, su ciega obediencia, su tierna devoción y su profunda humildad le llevaron muy en breve á la cumbre de la perfección religiosa.

Deseaban los venerables religiosos maestros de la reforma ampliar el célebre instituto cuanto fuese posible, y extenderlo por todas partes, hasta en los yermos y soledades más apartadas, tributando así á Dios en todo el mundo sacrificios en alabanzas con cánticos é himnos espirituales. El abad del monasterio de *Scala Dei*, varón de gran piedad y religión, secundó tan santo proyecto; y para ello envió á Navarra á cierto monje de conocida virtud, llamado Durando, en clase de superior ó abad, con nuestro Santo, íntimo amigo suyo, y otros religiosos de aquella comunidad, para que diesen principio á tan santa empresa. Con permiso de D. Alfonso VII, llamado el Emperador, se establecieron en el monte *Yerga*, junto á una pequeña ermita dedicada á la Santísima Virgen, muy venerada en todo aquel país. Pero, no siendo á propósito este fragoso terreno para fijar allí el establecimiento, y deseosos de hacer durable y permanente la fundación, se trasladaron á un valle inmediato, cerca de *Nienzabas*, población casi destruida por los árabes, de la que les hizo donación el mismo emperador Alfonso en el año de 1140, en prueba del singular afecto que tenía á la

reforma.

Fundaron aquí un monasterio, y, muerto Durando después de haber ejercido por algún tiempo el oficio de superior, los monjes, que sintieron este suceso cuanto es creíble, por la extremada afección con que lo respetaban, para mitigar el dolor de esta pérdida y darle por sucesor en el gobierno una persona de igual probidad y mérito, eligieron á Raimundo, persuadidos, sobre todo, de que con su eminente virtud y consumada prudencia, no sólo se conservaría la estrecha regular observancia de la nueva reforma, sino que sostendría con constancia y celo el santo proyecto, y le haría extenderse y dilatarse. Sucedió así, en efecto; pues, habiendo permanecido en aquel sitio cerca de ocho años, á pesar de las grandes incomodidades por lo desigual del clima, atento á la salud de sus religiosos, mudó de lugar, y se pasó con ellos en el año 1148 á Gastejón, cuatro leguas de Tudela de Navarra, y tres de la villa de Alfaro. Dos años después, por mayor comodidad, se trasladó á otro sitio que le cedió D. Pedro Tizón, abuelo del arzobispo de Toledo D. Rodrigo, con cuyo auxilio edificó el monasterio de Santa María de Hidero, así llamado del nombre de la heredad cedida.

Murió por entonces el emperador Alfonso, señalado y distinguido campeón del cristianismo, que, peleando siempre en las batallas del Señor, había abatido el orgullo de los agarenos en España. Ganóles este magnánimo Rey la villa y fortaleza de Calatrava en el año 1147, y para defenderla y conservarla, como plaza de gran importancia, la cedió á los caballeros Templarios, que la sostuvieron intrépidamente el espacio de diez años, con su acostumbrado valor y brío. Pero como los sarracenos, auxiliados de Miramamolín y de su poderoso ejército, hacían grandes estragos por el campo de Calatrava, atacando las murallas de esta fortaleza

con porfiada osadía, empeñados en reconquistarla, y ganarse así el fácil paso á Castilla, los Templarios, que, consultando con sus fuerzas, veían no poder resistir tan fuerte enemigo, hicieron dimisión de la plaza al rey D. Sancho el Deseado, hijo de Alfonso, que á la sazón tenía Cortes en Toledo. Mucho sintió el esforzado Sancho la intempestiva é inesperada renuncia que los Templarios hacían de tan importante fortaleza; y tanto más lo sintió, por no hallarse en disposición de mantener la guerra con los moros, al propio tiempo que la sostenía contra su hermano Fernando de León. En tal conflicto dispuso y mandó se publicase: *Que si había alguna persona poderosa que quisiese tomar á su cargo la defensa de Calatrava, se le daría por juro de heredad para él y sus herederos, con todos sus términos, castillos y aldeas.* El monje Fray Diego Velázquez, muy estimado del rey, participó á nuestro santo abad el deseo de aceptar la defensa y conservación de Calatrava; y, habiéndose convenido, fueron al Rey, el cual, por escritura hecha en Almazán, en Enero de 1158, concedió la donación y el señorío de Calatrava y sus términos al abad y sus sucesores, en el expresado monasterio de Fitero. Al poco tiempo partieron á Calatrava el abad y su compañero, y con gentes y armas que habían reunido fortificaron y abastecieron la ciudad, para ponerla á cubierto de los ataques de los moros. Tal es el origen de la celebrada Orden de Calatrava. Transcurridos algunos meses, los moros tuvieron algunos encuentros con los monjes, habiendo sido derrotados siempre los sectarios de Mahoma.

Divulgada por toda España la fama de nuestro esclarecido héroe, se encendieron no pocos personajes en vivísimos deseos de militar bajo la conducta de este nuevo caudillo del Señor, para participarle sus triunfos, y otros muchos, excitados de su notoria virtud, se consagraron á Dios en la milicia sagrada profesando su

instituto. Con efecto, lleno de amor y celo por la religión de Jesucristo, fundó el santo abad la sagrada y militar Orden de caballería de Calatrava, para honor, utilidad y seguridad del Cristianismo en España, para distinguir y recompensar el heroísmo de su nobleza, para realzar el decoro de la Iglesia de Jesucristo, y para dar esplendor y reputación á los votos monásticos; monumentos inmortales, que representarán eternamente á la posteridad la memoria de San Raimundo. Esta célebre Orden fue incorporada á la del Cister, y el papa Alejandro III la aprobó y confirmó en el año 1164.

Gobernó la Orden con el título de abad, sin conocer jefe alguno en lo espiritual y temporal hasta el Papa, más que el Capitulo general del Cister: ejerciendo esta dignidad con valor y prudencia, distinguióse entre todos por su piedad y mansedumbre evangélicas. Ni el estruendo de la guerra, ni sus altos deberes, ni sus grandes ocupaciones pudieron apartarle un instante de la oración y de la penitencia, ejercitando con admirable constancia todas las virtudes cristianas. Al año sexto de la fundación de la Orden se creó la dignidad de maestro, que recayó en D. García; por cuyo motivo gobernó poco tiempo nuestro Santo, que de este modo se pudo consagrar enteramente al servicio de Dios. Prosiguió viviendo una existencia ejemplar, hasta que en la villa de Ciruelos, próxima á Toledo, descansó en el Señor el día 15 de Marzo de 1163. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia del mismo pueblo, con la posible pompa y magnificencia, habiendo Dios hecho célebre la memoria de su siervo con muchos y portentosos milagros. Aquí permaneció por muchos años, hasta el de 1468, en el que D. Luis Núñez, canónigo de la santa iglesia de Toledo y arcediano de Madrid, trasladó los sagrados restos del santo abad Raimundo al monasterio de Monte-Sión de la misma ciudad de Toledo, en virtud de bula especial que *ad hoc* obtuvo del papa Paulo II, y los colocó en una capilla

propia suya, donde se conservaron con grande estima, culto y veneración hasta el año 1590, en que Fray Marcos de Villalba, general que fue de la Orden, siendo abad de Fitero, por la grande devoción que profesaba al Santo (y sin duda con superior permiso), trasladó las venerables reliquias á un suntuoso sepulcro, que mandó labrar cerca del altar mayor, al lado de la Epístola, con la correspondiente y aclaratoria inscripción.

Un hueso de nuestro Santo está colocado en el altar mayor del convento de Calatravas de Madrid, donde se le celebra, y asiste el Capítulo de caballeros de su Orden, que solemnizan las glorias del santo fundador con la mayor pompa y magnificencia, cual corresponde á individuos de tan ilustre corporación.

SANTA MADRONA, MÁRTIR

Próximamente hacia el año 300 de nuestra era, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano, los habitantes de Tesalónica sepultaron con suma veneración el santo cuerpo de una doncella cristiana, á la cual, por esta condición, la judía Plantilla, inicua señora á quien aquélla servía, en tres distintas ocasiones azotó sañudamente, hasta que en la última la hizo exhalar el postrer suspiro.

La gloriosa virgen que así obtuvo la palma del martirio era natural de Tesalónica, en Macedonia, y se llamaba Madrona.

Algunos centenares de años después, como algunos cristianos de Francia solicitasen de los de Tesalónica con viva instancia que les concediesen el cuerpo de la santa mártir griega, y consiguieran su devoto anhelo, hiciéronse cargo de los sagrados restos, y los embarcaron para trasladarlos á su patria; pero pronto

una furiosa tempestad que los puso en peligro de zozobrar y hundirse entre las olas, juntamente con el precioso depósito que conducían, hizo pedir el auxilio de Dios, poniendo por intercesora á Santa Madrona, cuyas reliquias llevaban. Dióles el Señor á entender que escuchaba propicio las oraciones que los atribulados pasajeros le dirigían, pero no sin manifestar de alguna manera cuál era el sitio que designaba para que el venerable cuerpo de la Santa recibiese el culto de que era digna la esposa y mártir del divino Crucificado.

Así fue que la tempestad continuó, hasta que paró la nave frente á Montjuich, de Barcelona; pero como allí, lejos de calmarse, arreciaba más y más la tormenta, creyeron los marineros que era voluntad de Dios el que dejasen el cuerpo de Santa Madrona en una iglesia que en la montaña del mencionado Montjuich se descubría. Apenas resolvieron esto, cuando el mar se sosegó, dejándolos que bajaran á depositar en aquella iglesia las venerables reliquias de la Santa, que luego comenzó á ser considerada Patrona de la comarca y de los barceloneses, que la rinden el debido culto y custodian su cuerpo en preciosa urna que se ostenta en la iglesia de Santa Madrona en la capital de Cataluña.

La Misa es la cotidiana de difuntos, y la oración la siguiente:

¡Oh Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remisión de todos sus pecados, para que obtengan, por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia, el perdón que siempre desearon de Ti! Que vives y reinas, etc.

La Epístola es del cap. 14 del Apocalipsis.

En aquellos días oí una voz del Cielo que me decía:

Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora les dice el Espíritu que descansen de sus trabajos, porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. ¡Qué poco conocida es en el mundo esta verdad! ¡Qué poco practicado este lenguaje! Dichoso el que vive con esplendor y con abundancia; dichoso el que logra el favor del príncipe; dichoso aquel á quien el nacimiento ilustre, las prosperidades largas y no interrumpidas, la multitud de amigos poderosos, la abundancia de bienes y de riquezas, una fortuna siempre risueña, una robusta y prolongada salud crían en el regalo y en las delicias, haciéndole objeto de envidia á muchos, y siendo el modelo de la felicidad humana. Esto es lo que piensa y de esta manera habla el espíritu del mundo. Según este sistema, mira con una especie de lástima á la virtud y á la modestia de los buenos; su muerte le parece deslucida y sin honor, y su vida una locura verdadera. Pero de muy diferente manera juzga y habla el Espíritu Santo. Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Dichosos los que no se dejaron deslumbrar de la falsa brillantez del mundo ni se embriagaron de sus perniciosos placeres. Dichosos los que, gustando las máximas de Jesucristo y colocando toda su gloria en servirle, no pensaron más que en agradarle. Dichosos los que, contando por poco ó reputando por nada todo lo que lisonjea, todo lo que encanta en el mundo, sólo se dedicaron á fabricarse una fortuna más sólida, más estable; sólo se aplicaron á atesorar riquezas para el Cielo, donde no hay polilla que consuma, ni gusano que roa, ni ladrón que robe. Dichoso, en fin, el que termina una vida inocente y cristiana con una santa muerte.

El Evangelio es del cap. 6 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vivo, que he bajado del Cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían: ¿Cómo puede Éste darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo que, si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

MEDITACIÓN

De los remordimientos del pecador á la hora de la muerte.

PUNTO PRIMERO.—Considera que, aunque son crueles los espantos, y aunque sean agudísimos los dolores que se sienten á la hora de la muerte, ninguna cosa atormenta tanto al pecador como los vivísimos remordimientos que despedazan su conciencia en aquella hora.

Durante la vida está la fe medio apagada en la mayor parte de los cristianos, especialmente de los disolutos. Créese, esto es, no se incurre en errores de manera que se merezca el nombre de infiel; pero se cree tan débil, tan lánguidamente, que apenas se merece el nombre de cristiano.

En la muerte, todas las falsas preocupaciones se disipan, todas las vehementes pasiones se amortiguan, avívase la fe y hace que se vean las verdades más terribles con tanta claridad, que no es posible dudar de ellas. Mas ¡oh Dios mío, qué remordimientos, qué espantos nacen de estas clarísimas luces!

Entonces se conoce y se palpa sensiblemente para qué fin nos crió Dios en este mundo. Dios sólo, sí; sólo Dios debía ser el objeto de mi amor y de mi culto. ¡Qué dolor haber servido á todos los demás amos, haber amado todos los demás objetos, haber seguido todas las demás guías!

No me faltaron impulsos, no me faltaron motivos para cumplir con mi obligación; mi misma razón me estaba dictando, con la mayor claridad, lo que debía hacer; hallaba la paz en mi buena conciencia; encontraba la quietud y mi propio interés en el cumplimiento de mis obligaciones. ¡Qué consuelo sería ahora el mío si hubiera pasado la vida en servicio de tan buen Amo!

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué dolor se sentirá cuando se conozca que todo lo que nos espantó, todo lo que nos disgustó en servicio de Dios fue un fantasma, fueron los respetos humanos, cuya vanidad, cuya ridiculez se verán entonces clarísimamente; fue la aprensión del trabajo. Pero ¿ignoraba yo que Jesucristo asegura que su yugo es suave, y que es ligera su carga? Ahora conozco que he padecido mucho más viviendo licenciosamente que lo que jamás hubiera padecido viviendo cristiana y ajustadamente. Veo mi brutalidad; me seco de dolor; mas ya no es tiempo de enmendar mi yerro; yo me muero.

Descuidé totalmente de mi salvación. Los negocios temporales, las partidas de diversión, el juego, los espectáculos absorbieron todo mi tiempo. Amontané grandes riquezas; mas ¿para quién? Yo me divertí, yo pequé, yo me muero, y me muero sin hacer penitencia; me muero, y voy á ser condenado al fuego eterno; condenado á padecer por toda la eternidad todos los tormentos unidos. ¡Oh qué dolor! ¡Oh qué desesperación!

Dulce Jesús mío, que me dais gracia para hacer todas estas reflexiones, no permitáis que algún día me sirvan de materia á nuevos remordimientos. Bien sé que el modo de cegar el manantial de ellos es convertirme al instante: asistidme, Señor, con vuestra divina gracia, para que lo ejecute sin diferirlo ni un solo momento.

JACULATORIAS

Conservad, Señor, mi corazón en una santa inocencia por la inviolable observancia de vuestros divinos preceptos, para que nunca me falte la esperanza que tengo colocada en Vos.—Ps. 118.

Vos, Señor, sois toda mi fortaleza, todo mi consuelo todo mi refugio, especialmente en el día de la tribulación.—Jerem., 16.

PROPÓSITOS

1. Es santo y saludable pensamiento, dice el Espíritu Santo, hacer oración por los difuntos, para alcanzar de Dios que los libre de las penas del Purgatorio, que padecen por sus pecados. Mira si puede haber devoción más cristiana ni más racional. Tu padre, tu madre son los que se ven atormentados en aquellas penas, y quizá únicamente las padecen por el demasiado amor que te tuvieron; por el ansia de dejarte muchos bienes; por haber atendido á tus intereses con más calor que el que fuera justo, y acaso á expensas de su propia conciencia. Es un pariente, es un amigo tuyo, á quien por ventura indujiste tú con tus palabras ó con tus malos ejemplos á cometer las faltas ó las culpas por las cuales está penando en el Purgatorio. En tu mano tienes los medios para aliviarlos; Misas, oraciones, limosnas, buenas obras, todo puede servir para satisfacer por ellos á la divina Justicia: tus mismos actos de virtud, cien mortificaciones

pequeñas pueden ser a un mismo tiempo meritorias para ti y satisfactorias para ellos. ¡Qué crueldad será no compadecerte de sus penas y negarte con dureza á solicitarles el alivio!

2. Haz oración por tus parientes, pero no te olvides de aquellas almas desamparadas que acaso estarán sepultadas mucho tiempo ha en un profundo olvido. Ofrece por ellas en particular algunas oraciones, algunas buenas obras. Aplica por las ánimas del Purgatorio todas las oraciones y buenas obras que hoy hicieres; y, si no pudieres rezar el Oficio de Difuntos, haz por ellas alguna otra cosa. El Oficio Parvo de Nuestra Señora, los Salmos penitenciales, el Rosario, un ayuno, una limosna extraordinaria, todo esto te puede servir á ti de mucho mérito, y á las benditas ánimas de gran sufragio.